

El Eco de Cartagena.

ANO XXX. NUM. 6470

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRIPCION.
Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—**Provincias**, tres meses, 7.50 id.—**Extranjero**, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde el 1.º y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 1.º de Febrero de 1890

ECOS DE MADRID.

31 de Enero de 1890.

Hacia ya tiempo que la novela patibularia no ofrecía al público ávido de emociones las páginas terribles y asquerosas á la vez que forman los libros de esa Biblioteca negra.

El recuerdo de Higinia Balaguer, envuelto en tan innumerables rasmas de papel sellado, es solo una esperanza de nuevos y quizás trascendentales sucesos. Del crimen de la calle de Fuencarral ha surgido un sensible y peligroso antagonismo entre la Justicia histórica y la acción popular. El espectáculo es triste para los que respetan á la magistratura por juzgarla inspirada en todas las virtudes cristianas y la ven sin embargo luchar contra la acción popular que al fin y al cabo no es más que un buen deseo de prestar desinteresado concurso á los jueces.

Pero en fin todo esto que promete en el porvenir complicaciones graves y disgustos serios, recorre ahora uno de esos períodos relativamente tranquilos en la apariencia que no apasiona á las masas. Entretenidas estas en comentar y seguir el trancazo, no han echado de menos las escenas dramáticas que brinda casi diariamente el antiguo monasterio de las Salesas. Pero pasados los riesgos y temores, vuelve la insana curiosidad á abrirse paso y el espectáculo que para abrir boca, como suele decirse le ofrecen estos días no deja nada que desear.

En el banquillo de los acusados aparece Heliodoro, un expósito que á falta de un apellido regular está adornado con tres apodosos á la vez más significativos: el *Barbas*, el *Péqueño* y el *Mal hombre*. En Mayo del año anterior mató con la mayor frescura del mundo á otro chico poco más ó menos como él, consocio suyo en el negocio de recoger colillas de cigarrillos y venderlas.

La víctima había reunido una libra de colillas y la vendió por una peseta y algunos céntimos. El *Barbas* tenía parte en aquel capital, acaso un real. Los dos socios jugaron á las chapas y el copartícipe perdió la parte de la peseta que le correspondía. Llegó la noche, y varios granujas de su especie se retiraron al estercolero donde solían pasar las noches durmiendo como si la inmundicia que les servía de cama fuese blando colchón. Heliodoro aguardó á que su colega y otro muchachito con quien compartía el lecho se durmieran. Cuando juzgó el momento propicio, con una auncha tijera infligió en el costado una mortal herida á su amigo y compañero. Después como si tal cosa llamó al vecino de cama de la víctima, que presenció el crimen y lo ha referido con todos sus pelos y señales y le dijo que se había asfixiado. Le enterró entre el estiércol dejándole un pie fuera para que al día siguiente se aparebieran los traperos de que allí había una persona y se figuraran que se había asfixiado. Después de estas operaciones y de poseer la peseta se fue á dormir con la mayor tranquilidad.

Es inútil que reproduzca los pormenores de esta causa que de seguro leen con avidez en los periódicos diarios los lectores de mis Ecos. El cuadro que ofrecen en la actualidad esos chifuratos de 19 á 20 años que campan por se respito, que carecen de hogar, que viven abandonados de sus familias, y que recogiendo puntas de cigarrillos, jugando á las chapas, robando lo que pueden, comen en los cuarteles las sobras del rancho y duermen en los estercoleros, sin que la sociedad se cuide de esos niños que crecerían y serían con el tiempo sus más terribles enemigos.

¿No habría medio de recoger á esos desgraciados que han de ser de seguro criminales desués de ser rateros? ¿No podría la autoridad ejercer una asidua vigilancia sobre esos vagos?

Nos preocupa la actitud de los hombres políticos, nos apasionan los pugilatos parlamentarios, también nos interesan los crímenes que de cuándo en cuándo adquieren celebridad. Pero ¿qué se hace para evitar lo? Parece que la sociedad se complace en dar calor con su abandono á esa vibora que al fin y al cabo la inocularán su veneno.

¿Porqué no asistirá á una de las audiencias de estos días el jefe del Gobierno ó por lo menos el ministro de Fomento? Es seguro que pondría remedio al mal.

La explicación de esa criminalidad precoc que después de condenado el Heliodoro se olvidará hasta otra, nos la dan todos los días los periódicos al anunciar que los maestros de escuela se mueren de hambre.

No sé lo que pasará en las demás poblaciones, pero en Madrid hay lo menos un millón de chifuelos abandonados que serían célebres por sus iniquidades dentro de algunos años.

Pero no quiero dejar á los lectores bajo la triste impresión de este doloroso y vergonzoso cuadro. El Carnaval se acerca, las estudiantinas ensayan y alegran con sus jotas y sus tangos las calles de Madrid. Los bailes de máscaras se animan, y obedeciendo á esa ley de la tacha por la existencia que se impone, la gente joven madrileña se dispone á echar al aire el mayor número posible de canas.

También ayer se cantó el *Te Deum* en acción de gracias por haber recuperado la salud el niño Rey.

Las bellas hijas de la flor ocultan las espigas.

Julio Nombela.

OTRO PERIODISTA EN AFRICA

Es sabido que el héroe del día, Stanley, era periodista cuando por primera vez fue al Africa. El propietario director del «Heraldo de Nueva York», conociendo las raras dotes de energía y de ingenio de su redactor, le mandó al «Continente misterioso» en busca de aquel grande hombre que se llamó Livingstone, el Cristo de Africa.

Ahora acaba de llegar á Burdeos otro periodista que ha atravesado el continente, cuyos misterios se han revelado ya casi todos á la ciencia geográfica en tan corto período de tiempo.

Es un francés, Mr. Trivier, y fue enviado

al Africa por el director de «La Gironde» Mr. Gounonilhon.

Mr. Trivier partió de Burdeos el 20 de Agosto de 1888, dos años más tarde que Stanley; y con tres compañeros Mr. Weisseburger y dos senegaleses, atravesó el Africa y ha llegado á la costa oriental, al mismo tiempo que el salvador de Emin.

Al llegar á Marsella el 20 del corriente, fue recibido por el director de «La Gironde» y varios periodistas. Mr. Trivier goza de una perfecta salud, y á pesar de que durante su peligroso viaje perdió un ojo, está de muy buen humor, y comenta con gracejo los incidentes de su excursión y las privaciones á que le sometieron los modestos recursos de que podía disponer.

Segun Mr. Trivier, el famoso Tippu Tip, con quien permaneció cinco días, es el verdadero dueño del centro de Africa, mucho más influyente que el sultán de Zanzibar; con su huésped francés se portó muy bien, demostrando hacia los franceses tantas simpatías como odio á Inglaterra.

Mr. Trivier ha traído dos negros jóvenes, que ha bautizado con los nombres de Ali y Baba.

Con los documentos numerosos é interesantes que ha recogido, va á escribir una relación de su viaje, cuyas primicias publicará «La Gironde» que ha pagado el viaje.

Por esta razón Mr. Trivier no ha explicado más que las líneas generales de su excursión.

Estima que el centro de Africa es un país soberbio, solamente antipático por los salvajes que lo pueblan.

Cree que los franceses nada tienen que hacer en la costa del E., donde van estableciéndose los alemanes á costa de innumerables dificultades.

Los ingleses van perdiendo allí su influencia, y la situación de los portugueses es tal, que el «ultimatum» del gabinete de Londres no ha podido comprometerlos mucho.

Mientras avanzaba Stanley en Africa, como un conquistador, al frente de 1.500 hombres armados, gastaba millones y sembraba el horror á su paso, robando si le convenia á las tribus las municiones de boca necesarias para sus hombres, Trivier avanzaba solo, con su compañero Weisseburger y sus dos senegaleses sin tener que disparar un tiro.

Además, Trivier ha adquirido la amistad de Tippu Tib, á quien Stanley hace cargos que parecen preocupar escasamente al poderoso personaje sin cuyo asentimiento los europeos no pueden arriesgarse en el centro del Africa ecuatorial.

Pero no todo el camino ha sido llano para Trivier, como es de suponer, y ha corrido muchos y graves peligros durante el año que ha empleado en atravesar el continente negro.

El 23 de Setiembre, al Sud del lago Tanganyika, perdió á su compañero Emilio Weisseburger, extraviado ó víctima de una emboscada.

Todas las pesquisas practicadas para contrarle han sido inútiles.

Por fin, el explorador francés llegó en buen estado de salud á Lullimane, de donde marchó á Mozambique y Zanzibar.

Mr. Trivier es capitán de la marina mercante de Rochefort.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

RULETA

Charada

Manuel Pareja y dos tercía
que es propietario del todo,
con su primera tres juega
en las horas de reposo.

A. A.

La solución en el número próximo.

UNA SOLTERONA

¿Qué porqué no se ha casado doña Tecla? ¿porqué se ha quedado para vestir imágenes? Pues porque no la han comprendido, según ella dice.

No se vaya á creer que no la han comprendido porque le hablase el ruso ó el chino, sino porque ninguno de sus adoradores supo llegar al fondo de aquel corazón sensible y delicado.

Cuando Tecla tenía 16 años se dió á leer novelas y forjarse en la imaginación el tipo del hombre con quien debía partir las tribulaciones de esta pícara vida.

Naturalmente, le adornó con todas las perfecciones.

Su tipo era rubio, alto, esbelto, de ojos azules y rico por añadidura.

Tenía un corazón de oro y sentía como un Román.

Tecla había llegado á dar un nombre á aquel personaje ideal: lo llamaba Arturo.

Pensando en este vaporoso Arturo se pasaron tres años y ya era hora de ver en quien de sus muchos pretendientes se encarnaba su tipo ideal.

Porque han de saber ustedes que Tecla era guapa, no tenía mamá, era hija única y estaba bastante rica.

Entre los que le hacían la corte había un capitán de lanceros que se parecía á Arturo en la estatura y en lo rubio de sus cabellos.

Tecla le distinguió; pero ¡ay! bien pronto conoció que el capitán León de la Pantera, que así se llamaba, no la comprendía.

En vez de pensamientos sublimes, de frases espirituales solo soltaba por aquella boca sapos y culebras, y no hablaba más que de caballos, cuadra, cebada y cosas por el estilo.

Además la mujer según él valía menos que el último caballo de su regimiento.

Tecla despidió á este y pasó unos meses solando con Arturo.

Pasose triste y su padre la llevó á viajar para distraerla.

Metieron en un coche de primera donde iba un joven inglés.

—¡Ah cielos!—dijo Tecla.—Este sí que se parece á Arturo.

Durante el viaje trató Tecla de hablar con el inglés; pero éste es el que no la comprendía.

No sabía una jota de castellano.

Otro viajero que se le agregó en una estación conocía la lengua inglesa y mediante este intérprete, pudo Tecla saber que el inglés iba á Barcelona donde pensaba montar una casa de comercio.

¡Oh, felicidad! Todos iban á Barcelona.

Llegaron; y el inglés muy fino se despidió de ellos dándole la tarjeta.

Se llamaba James Róon.

Tecla y su papá se instalaron en Barcelona, y aquélla se dedicó á aprender el inglés con ahínco.

En los paseos solían ver á Mr. James que les saludaba con mucha amabilidad, y que ya comenzaba á conocer algo el castellano.

Tecla estaba entusiasmadísima; un día que paseaba padre, hija y mister James, dijo ella: